

Benigno, el buen Roberto, y en fin, San Luis. El tipo de rey de Francia es un tipo de santo. El sacerdote y el rey favorecen por igual la libertad de los siervos. Todo hombre que escapa á la servidumbre local de la tierra les pertenece, perteneciendo al poder central, abstracto y espiritual. Los sacerdotes y los reyes llegan, en fin, á libertar ciudades enteras, á crear municipios y á poner en ellos un ejército antifeudal. Entonces el pueblo, que hasta dicho instante no llegó á la libertad sino en la persona del sacerdote, aparece por primera vez bajo su propia forma.

Pero el sacerdote y el monarca se arrepintieron en seguida de haber provocado la turbulenta libertad de los comunes, que se volvía contra ellos. Los reyes detuvieron la rápida emigración de los campesinos, que huían de sus campiñas para refugiarse en los muros de la ciudad. De este modo aplazaron así la caída del feudalismo. Era menester que éste cayese, pero por ellos y para ellos ante todo; es decir, en provecho del poder central. Al mismo tiempo que cayeron los privilegios locales de las comunes, en el reinado de Felipe el Hermoso, comenzaron los Estados Generales. El sacerdote, saliendo siempre del pueblo, pero poco á poco separado de él por un interés de clase, se sienta como ministro cerca del rey, y durante cinco siglos, de Leeger á Fleury, reina, alternando con el legista.

Si el sacerdote hubiera permanecido pueblo, hubiera reinado solo y en su propio nombre. El feudalismo vencido hubiera dejado un hueco á una demagogia sacerdotal. Si la libertad de las ciudades hubiera prevalecido y subsistido las comunas, Francia, llena de repúblicas, jamás hubiera sido una nación. Le habría ocurrido lo que á Italia. Las ciudades habrían absorbido á las campiñas, haciendo desertar á sus habitantes.

Gracias á la lenta extinción del feudalismo, Francia se encontró fuerte en los campos, como Alemania; fuerte en las ciudades, como Italia; viva y fecunda, como la tribu, y una y armónica, como la ciudad. Un poder central maravillosamente poderoso, se formó en ella por la alianza del derecho abstracto del rey y del sacerdote, contra el derecho concreto y local de los señores. El sacerdote y el rey fueron representantes de lo que había de más divino en el pensamiento nacional; pero estas instituciones fueron prestando y dilatándose á impulsos del derecho obscuro del pueblo como una envoltura mística, dentro de la cual se agrandó y

fortificó. Una mañana, encontrándose grande y fuerte, arrojó las mantillas de la cuna. El derecho divino del rey y del sacerdote no existían ya sino á condición de expresar el pensamiento divino; es decir, la idea general del pueblo.

Bajo la forma sacerdotal y monárquica mantenida tanto tiempo, se puede entrever que el pueblo, organizado contra los nobles por los reyes y los sacerdotes, no conservaba sus instintos de dependencia ante los unos y los otros. Por adversario del jefe del feudalismo, que era el emperador, Francia eleva y sostiene al pontífice de Roma hasta que pueda traerle á Aviñón y confiscar el pontificado. Un proverbio del siglo XII en Provenza, dice: «Antes me hago cura que hacer semejante cosa.» El mismo espíritu de libertad se nota en política bajo las formas de la monarquía absoluta. El ideal histórico y la vanagloria virtual de la nación fué seguir siendo el reino de los francos. El rey de Francia es presentado como un rey y ciudadano. Leed á Comines y á Maquiavelo. Sus parlamentos le resisten. El mismo ordena que se le *desobedezca bajo la pena de desobediencia*; admirable contradicción! La monarquía es el arma nacional contra la aristocracia, un atajo para llegar á la nivelación. Mientras la aristocracia es poderosa, toda tentativa contra la monarquía fracasa. Estéban Marcel podrá agitar las comunas, y la Jaquería sublevar las campiñas. Es inútil. Las libertades privilegiadas de los nobles sólo perecerán bajo la fuerza centralizadora que ha de triturarlo é igualarlo todo.

Esa larga nivelación de Francia por la acción monárquica, es lo que separa profundamente nuestra patria de Inglaterra, á la que se obstinan muchos en comparar: Inglaterra explica á Francia, pero la explica por oposición.

El orgullo humano personificado en un pueblo: esto es Inglaterra. He indicado ya el entusiasmo que el hombre del Norte se inspira á sí mismo, sobre todo en esa vida desenfadada de carreras y aventuras que llevaron los viejos escandinavos. ¿Qué habla de ser, pues, de esos bárbaros cuando se vieron trasplantados á la isla poderosa, donde engordarán con el jugo de la tierra y los tributos del Océano? Reyes del mar y del mundo, sin ley y sin límites, reúnen la fuerza salvaje del pirata danés y el ceño feudal del Lord, hijo de los normandos... ¿Cuántas Tiro y Cartago habrá que amontonar para

igualar la insolencia de la tiránica Inglaterra?...

Ese mundo del orgullo sufre con penas expiatorias sus propias contradicciones. Compuesto de dos principios hostiles, la industria y el feudalismo, ó sea el egoísmo del aislamiento y el egoísmo de la asimilación, sólo se siente acorde y unánime en un asunto: la adquisición y el goce de la riqueza. El oro le ha sido dado como la arena: que se sacie y harte si puede. Pero no; quiere gozar y saber que goza, y se limita á una estrecha prudencia en lo comfortable. Y, sin embargo, en medio de ese mundo material que posee y saborea, la náusea sobreviene. El hambre en el goce de lo real, y la realidad le falta. No son lloros ni gritos afeeminados los que se elevan ante este tormento de la hartura, sino blasfemias y rugidos, contra el cielo. La libertad sin Dios, el heroísmo impío, la escuela satánica, anunciada en Grecia desde el Prometeo de Esquilo y renovada por la amarga duda de Hamlet, se idealizan en el Satán de Milton. Inglaterra grita por la boca del ángel caído él: *¡Mal sé mi bien!* Pero cae con Byron en la desesperación: *Bottambess, perdition.*

Ese inflexible orgullo de Inglaterra ha sido un obstáculo eterno á la fusión de las razas, como á la aproximación de las condiciones. Condensadas hasta el exceso en un reducido espacio, no se han mezclado por eso. No hablo de esa fatal rémora de Irlanda, que Inglaterra no puede arrastrar ni arrojar al mar. Pero en su misma isla el galés canta, con la vuelta de Arturo ó de Bonaparte, la humillación próxima de Inglaterra. ¿Hace mucho tiempo que los higlanders combatieron á los ingleses en Culloden?... En fin, en la vieja Inglaterra, *the old England*, el robusto hijo del sajón y el hijo desterrado normando, ¿no son siempre distintos? Si no encontráis al primero corriendo en los bosques con el arco de Robin Hood, le encontraréis rompiendo las máquinas en Manchester por la *Yeomanry*.

Sin duda el heroísmo inglés debía comenzar la conquista de la libertad moderna. En todas partes, antes que por la aristocracia y por el heroísmo, se ha libertado el hombre de la autoridad por la embriaguez del yo humano. Las aristocracias guerreras é iconoclastas de Persia y de Roma aparecieron como un verdadero protestantismo después de la India y de Etruria. Así comienza en este mundo lo que el sacer-

dote llama el espíritu del mal, Satán ó Ahriman, el principio crítico y negativo, *el que dice siempre, no*. Cuando la aristocracia guerrera ha comenzado por el orgullo de la fuerza la revuelta del género humano, la obra se continúa por el orgullo del razonamiento individual, por el genio dialéctico. Este surge de la aristocracia, desciende á la masa y pertenece á todos. Pero en ninguna parte toma más fuerza que en los países ya nivelados por el sacerdocio y la monarquía.

También se ha revelado en el extremo de Occidente un misterio que el mundo ignoraba, ó sea que el heroísmo no es la libertad. El pueblo heroico de Europa es Inglaterra; el pueblo libre, es Francia. En Inglaterra, dominada por el elemento germánico y feudal, triunfan el viejo heroísmo bárbaro, la aristocracia y la libertad por privilegio. La libertad sin igualdad, la libertad injusta é impía, no es sino la insociabilidad dentro de la misma sociedad. Francia quiere la libertad en la igualdad. La libertad de Francia es justa y santa. Tiene el mérito de comenzar la del mundo y de agrupar por primera vez todos los pueblos en una verdadera unidad de inteligencia y de voluntad.

La igualdad y la libertad (ese ideal al que debemos aproximarnos cada vez más, sin jamás conseguirlo), debía alcanzarse por el más avisado de los pueblos, por aquel en que las fatalidades opuestas de las razas y los climas fueran las mejores para neutralizarse; por un pueblo hecho para la acción, pero no para la conquista; por un pueblo que al querer la igualdad para él la quisiera para todo el género humano. Fué menester que ese pueblo tuviese al mismo tiempo el genio del atomismo y el de la centralización. La revolución francesa, materialista en apariencia, al hacer su división departamental que designa á las comarcas por los ríos, no borra en ellas las nacionalidades de las provincias, perpetuadas en nombre de la libertad.

Este genio, contradictorio, en apariencia, del atomismo y de la centralización, se reproduce en nuestro idioma, eminentemente apto para analizar y resumir las ideas. Esa doble facultad constituye el genio aristotélico, que pulveriza las agregaciones naturales y fatales, y saca de su polvo las agregaciones artificiales, que formen poco á poco el patrimonio de la razón humana, patrimonio legítimo que la li-

bertad ha ganado con el sudor de su frente.

Sin embargo, confesémoslo. El pueblo y el siglo, donde caen al mismo tiempo la aristocracia y el sacerdocio, donde el antiguo orden de la fatalidad se hunde y se disipa en una turbonada de polvo, ese pueblo y ese momento no son bellos.

Francia no es una raza como Alemania; es una nación. Su origen es la mezcla: la acción es su vida. Ocupada del presente y de lo real, su carácter es vulgar y prosaico. El individuo saca su gloria de su participación voluntaria en el conjunto; así puede decir también: —*Me llamo legión*. ¿Buscaremos ahí la personalidad soberbia de los ingleses ó la calma, la pureza y el casto recogimiento de Alemania? Sería pedir la verdura de Mayo en la ruta polvorienta donde la multitud ha estado transitando durante todo el día.

Mezcla, acción, y *savoir-faire*, todo eso no se concilia. Este pueblo libre y razonador, cuya misión es la lucha, aparece bajo las formas poco graciosas de la guerra, de la industria, de la crítica y de la dialéctica. La risa burlona, la más terrible de las negaciones, no embellece los labios de donde surge. Tenemos gran necesidad de los juegos de fisonomía para no ser un pueblo feo. ¿Qué más gesticulante que nuestra primer mirada sobre el mundo de la Edad Media? El *Gargantúa* de Rabelais hace temblar á su lado la noble y señorial ironía de Cervantes y la broma graciosa del Ariosto.

No sé, sin embargo, si algún pueblo mezclado en la vida y empeñado tanto en la acción como Francia, habrá guardado mejor su pureza. Ved, en cambio, cómo las razas no mezcladas beben ávidamente la corrupción. El maquiavelismo, muy raro antes en Alemania, alcanza sin embargo una proporción de la que al menos el buen sentido nos preserva. Nosotros tenemos el privilegio de entrar en el vicio sin perdernos, sin que el sentido se deprave, sin que el valor se enerve, y sin degradarnos enteramente. Y es que en el placer del mal lo que más nos agrada es obrar, es probarnos á nosotros mismos, que somos libres por el abuso de la libertad. Nada se pierde así, y por el buen sentido volvemos á la idea de orden.

Nuestra virtud no es la inocencia, esa ignorancia del mal, esa gracia de la infancia, esa virtud sin moralidad. Es la experiencia, es la ciencia, madre grave de la libertad. El bien,

saliendo también de la experiencia, es fuerte y duradero; se deriva, no de la ciega simpatía, sino de la idea de orden. Sale de la incierta y móvil insensibilidad para entrar en el dominio inmutable de la razón.

Se ha de perdonar mucho á este pueblo á cambio su noble instinto social. Se interesa por la libertad del mundo y se inquieta por los desgraciados más remotos. Toda la humanidad vibra en él, y en esa viva simpatía está toda su gloria y su belleza. No consideréis al francés aislado contempladle en la masa y, sobre todo, en la acción. En el baile ó en la batalla, ninguno se electriza más vivamente por el sentimiento de la comunidad, que constituye el verdadero carácter del hombre. Las acciones más nobles, las palabras más sublimes, se le ocurren naturalmente. Palabras que él jamás había sospechado, las profiere instintivamente. El genio divino de la sociedad desata su lengua. Principalmente en el peligro, cuando un sol de Julio ilumina la fiesta, y el fuego responde al fuego, cuando saltan y rebotan las balas, y sobre las barricadas pasa la muerte, entonces la estupidez se hace elocuente y la cobardía bravura. Una hirviente poesía surge de la masa y rueda con el bramar de los fusiles, desde el Panteón al Louvre, y desde el Louvre al Puente de la Grève... (1).

Lo que la revolución de Julio ofrece de más original, es presentar el primer modelo de una revolución sin héroes, sin nombres propios, sin individuos en quienes la gloria pueda localizarse. La sociedad lo ha hecho todo. La revolución del siglo XIV se expresó y resumió en la Doncella de Orleans, pura y conmovedora víctima que representa al pueblo y muere por él. Aquí no hay ningún nombre propio; nadie lo ha preparado, nadie lo ha conducido, nadie ha eclipsado á los demás. Después de la victoria se ha buscado á los héroes y se ha encontrado á todo un pueblo.

Esa maravillosa unidad no se había ofrecido aún al mundo. Se han encontrado cincuenta mil hombres conformes en morir por una idea. Combatían por entusiasmo. La súbita elevación del estandarte tricolor por toda la Francia expresó la unanimidad de muchos millones de hombres. Ese impulso tan impetuoso no fué

(1) Alusión á las jornadas de Julio que acabaron para siempre en Francia con la monarquía de los Borbones. (N. del T.).

desordenado. Se acordó sin pactarlo. Por encima de la acción y del tumulto se elevó la idea de orden. En la ausencia momentánea de un gobierno, de un jefe visible, apareció el invisible soberano del mundo, el derecho y la ley. En medio de tan gran trastorno, ni un asesinato, ni un robo se cometieron durante los tres días. En otros tiempos se hubiera visto en esto un milagro; hoy vemos aquí la obra de la libertad humana. ¿Qué hay más divino que el orden en la libertad?

Ese momento único que viene siempre á mi memoria, sostiene mi esperanza y me da fe en los destinos morales de mi patria. En medio de la universal agitación que nos rodea, creo en el reposo de lo porvenir. Porque, en fin, este pueblo se ha unido un día en un pensamiento común y ha tenido ante sus ojos la idea divina del orden con libertad. Y no en vano se ha entrevisto una vez esta claridad celeste.

Hemos de esperar y confiar que cualquiera agitación que llene la bella y terrible época de nuestra vida será siempre para el bien. Será la peripecia de una tragedia en que la víctima es todo el mundo. Época la nuestra de destrucción, de disolución, de descomposición, de análisis y de crítica: en filosofía, por el análisis lógico; en el orden social por ese otro análisis de revoluciones y de guerras, en el cual el hombre pasa de un sistema á otro, desnudando una forma para vestir á otra, á la que da siempre más espíritu. Pero esto no se efectúa sin un esfuerzo cruel, sin un doloroso desgarramiento, en el que se arranca la fatalidad de ese sino que ha estado tanto tiempo suspendido sobre nosotros. Este desgarramiento hace sangrar al corazón del hombre. Sin embargo, es menester que se efectúe, y que el niño abandone á su madre; que marche por sí mismo, que vaya hacia delante. Marcha, pues, hijo de la providencia. Sigue; no puedes detenerte; ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! Ese era el grito de los cruzados.

Estos últimos pasos lejos del orden fatal y antiguo, lejos del Dios de Oriente, son hacia un Dios social, que debe revelarse poco á poco en nuestra misma libertad. ¿Pero el presente momento, en que el primero desaparece y se oculta, y en el que el otro tarda en aparecer, es el momento en que los hombres creen, como Werner, ver llorar sobre el altar á Cristo, confe-

sar él mismo que no hay Dios, y en que agoniza de desesperación el mundo huérfano? Preguntadlo al infortunado Byron.

¿Cómo del fondo de un abismo vamos á remontarnos hacia Dios?...

La humanidad, hemos dicho, procede eternamente de la descomposición á la composición, del análisis á la síntesis. En el análisis todas las relaciones desaparecen, todos los lazos se rompen, la unidad social y divina se hace insensible. Pero, poco á poco, las relaciones reaparecen en la ciencia y en la sociedad: la unidad se muestra en la ciudad y en la naturaleza. Ese mundo, no ha mucho podrido, se reconstituye y vuelve á florecer con una creación nueva, donde el hombre reconoce más bella y más pura la imagen del orden divino. Hoy la ciencia se halla en el análisis, en la minuciosa observación de los detalles. Únicamente por ahí puede comenzar su obra. La sociedad cumple ahora una repugnante y salvaje obra de demolición. Limpia el suelo, escombrado con los restos de un mundo fatal que se desploma. Este trabajo nos parece largo sin duda. Hace medio siglo que comenzó con la Revolución. ¡Ay! Es mucho para la vida de un hombre; pero muy poco para la vida de un pueblo. Tranquiliémonos, pues, y animémonos. El orden de la libertad, el verdadero orden, reaparecerá tarde ó temprano, al menos sobre nuestras tumbas (1).

La unidad, y esta vez la libre unidad, reaparecen en el mundo social. Habiendo la ciencia, por observación de los detalles, adquirido un fundamento legítimo para elevar su majestuoso y armónico edificio, la humanidad reconoce el acuerdo del doble mundo, natural y civil, en la inteligencia bienhechora que de hecho los une. Pero es, sobre todo, por el sentido social por lo que volverá ella á la idea del orden unive sal. El orden, una vez sentido en la sociedad limitada de la patria, se extenderá á la sociedad humana, á la gran república del mundo.

El ateniense decía: ¡Salve ciudad de Ceerops! ¿Y tú no has de decir: ¡Salve ciudad de la providencia?!

El cristianismo ha constituido el hombre moral, ha predicado la igualdad ante Dios, prin-

(1) Michelet, que presentía la actual República Francesa, no alcanzó á conocerla.—(N. del T.)

cipio que debía hallar más tarde en el mundo civil una aplicación fecunda. Sin embargo, las circunstancias que rodearon la cuna de esta religión la hicieron menos favorable para la acción común, para la vida social, que para la contemplación inactiva y solitaria. Cuando apareció, Dios estaba aún en el cautiverio del materialismo y la sensualidad pagana: el hombre estaba preso en el estrecho recinto de la ciudad antigua. El cristianismo libró al hombre, rompiendo la ciudad, y libertó á Dios al romper los ídolos. En este momento único, el hombre, entreviendo por primera vez su patria divina, languidece por ella de un incurable amor; cruza los brazos, y eleva los ojos al cielo, esperando el momento de lanzarse á él. «¿Cuándo será eso, gran Dios?...» El hombre es un obrero impaciente y perezoso, que descansa y reclama su salario antes de la noche. Pide al cielo, ¿pero qué ha hecho de la tierra que Dios le ha confiado? ¿Basta para domar la materia romper las imágenes, ayunar y escaparse al desierto? Cristianos, debéis luchar y no huir, mirar frente á frente la naturaleza enemiga, conocerla, sojuzgarla por el arte y usar de éste para menospreciarla. Habéis disuelto la ciudad antigua, estrecha y envidiosa, que rechazaba la humanidad, y las ruinas de esa Babel las habéis esparcido por el mundo, las habéis dividido en reinos, en monarquías, hablando veinte idiomas distintos. ¿Dónde está la ciudad universal y divina, de la que la caridad cristiana nos ha dado un presentimiento, y que nos habíais prometido realizar aquí abajo?...

XII

Si el sentido social debe llevarnos á la religión, el órgano de esa revelación nueva, el intérprete entre Dios y el hombre debe ser el pueblo que aparece como el más social entre todos. El mundo moral tuvo su verbo en el cristianismo, hijo de Judea y de Grecia. Francia explicará el verbo del nuevo mundo social que vemos comenzar.

Está nuestro país en el punto de contacto de las razas, entre la colisión de fatalidades opuestas, y en él había de ser la repentina explosión de la inteligencia y la libertad que lanzó para los humanos esa luz celeste que se llama el Verbo, la palabra, la revelación. Así, cuando Judea entrevió el Egipto, la Cal-

dea y la Fenicia, en el punto más perfecto de la mezcla de las razas orientales, brilló la luz sobre el Sinaí y apareció la pura y santa unidad. Cuando la unidad judía fué fecundada por el genio de Persia y del Egipto griego, la unidad se extendió y abrazó el mundo en la igualdad de una calidad divina. Grecia *μυθολόγος*, madre del mito y de la palabra, explicó la Buena Nueva. No necesitó sino la maravillosa potencia analítica de la lengua de Aristóteles para decir á las naciones el verbo del Oriente mudo.

En el punto más perfecto de la mezcla de las razas europeas, bajo la forma de la igualdad en la libertad, estalla el verbo social. Su revelación es sucesiva; su belleza no tiene tiempo ni lugar. No pudo presentar la radiante armonía por la que el verbo moral brilla al nacer. La relación entre Dios y el individuo era sencilla; pero la transformación de la humanidad misma en una sociedad divina, ese traslado del cielo á la tierra, es un problema complejo, cuya larga solución debe llenar la vida del mundo. Su belleza está en su progresión, en su progresión infinita.

A Francia pertenece el esclarecer esa revelación nueva y explicarla. Toda solución social ó intelectual, es infecunda para Europa hasta que Francia la interpreta, la traduce y populariza. La reforma del sajón Lutero, que volvió el Norte á su posición natural contra Roma, fué democratizada por el genio de Calvino. La reacción católica del siglo de Luis XIV fué proclamada ante el mundo por el dogmatismo soberbio de Bossuet. El sensualismo de Locke no se hizo europeo, sino al pasar por Voltaire y por Montesquieu, el cual sujetó el desarrollo de la sociedad á la influencia de los climas. La libertad moral reclamada en nombre del sentimiento por Rousseau, y en nombre de la idea por Kant, tuvo únicamente influencia europea por el órgano del primero.

Cada pensamiento solitario de las naciones sólo se ha revelado por medio de Francia. Ella profiere el verbo de Europa, como Grecia profirió el de Asia. ¿Merece realmente esa misión? Es más viva que ningún pueblo y desarrolla por la teoría y por la práctica el sentimiento de la generalidad social.

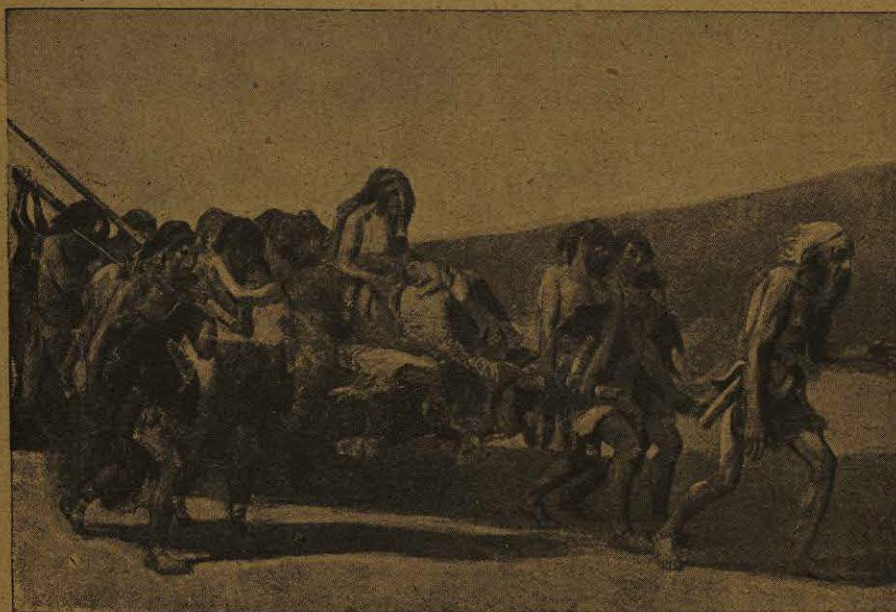
A medida que ese sentimiento entra en los demás pueblos, simpatizan con el genio francés y se convierten á Francia. Aunque hablen contra ella le confieren al imitarla el pontifi-

cado de la nueva civilización. Lo que hay de más joven y más fecundo en el mundo no es América, niño serio y desarrollado que nos imitará por mucho tiempo. Es la vieja Francia renovada por el espíritu. Mientras la civilización encierra el mundo todavía bárbaro en los abrazos invencibles de Inglaterra y Rusia, Francia abraza á Europa. Su unión es íntima con los pueblos de lengua latina, con Italia y España, esas dos penínsulas que no pueden entenderse con el mundo moderno sino por medio de Francia.

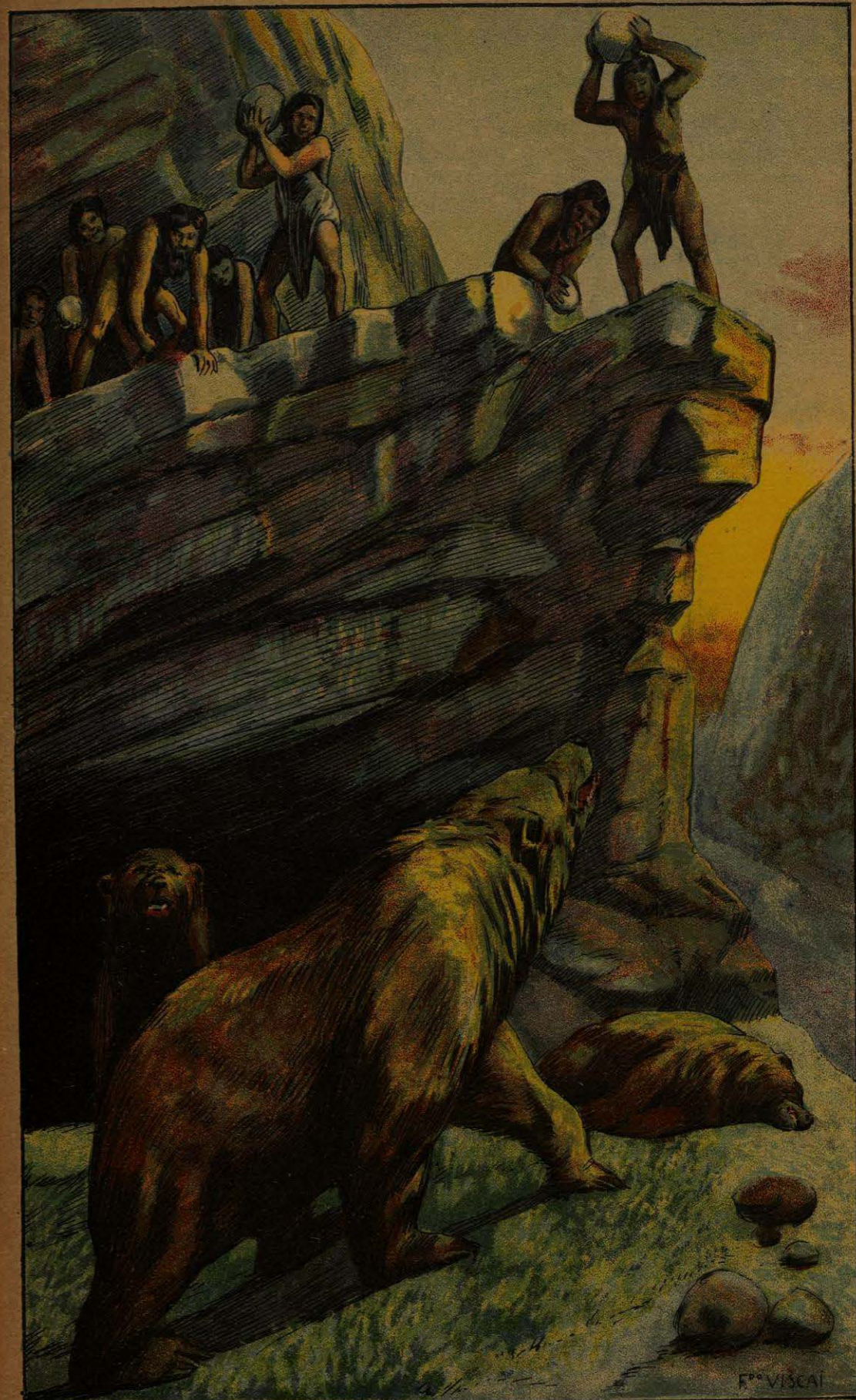
España ha resistido mucho tiempo. La profunda demagogia monacal que la gobernaba impidió durante largos años sus relaciones con la democracia moderada de Francia. Sus frailes salían del pueblo y lo nutrían. Esta noble nación que prestó á la humanidad el heroico servicio de los más asombrosos descubrimientos geográficos, descansa hoy, abrumada por el cansancio de haber cumplido su misión histórica, colosal, superior á sus fuerzas y á las

fuerzas de otros pueblos. Pero algún día recobrará su vigor. Además, al otro lado de los mares hay, en América, numerosos pueblos, ahora libres, llamados á un gran porvenir, que perpetuarán su nombre, su sangre y su carácter arrogante, tenaz y noblemente aventurero.

Italia, céltica de raza en las provincias del Norte, preparada á la democracia por el genio antifeudal de la Iglesia y del partido güelfo, pertenece de corazón á Francia. Ambas regiones son hermanas; tienen el mismo genio práctico. La economía política, nacida en Francia, ha resonado en Italia. Hay un doble eco en los Alpes. Jefe de esta gran familia, Francia dará al genio latino algo de la preponderancia material que tuvo en la antigüedad, de la supremacía espiritual que tuvo en la Edad Media. En el pasado siglo, el pacto de familia que unió á Francia, Italia y España, con alianza fraternal, fué una vana imagen de la futura unión que debe aproximarles, en una comunidad de voluntades y de pensamientos.



Una tribu errante de los tiempos prehistóricos (F. Cormon).



La E. Ferrández: donzalo de l'ordoch. Ti. Madrid.

Los hombres primitivos y el oso de las cavernas.